

tronaes. Pero no vamos a traicionar lo que venimos proponiendo. Queremos que la orientación fundamental de la economía esté en la línea de una política de pleno empleo, con medidas de fomento de la demanda e inversiones en sectores creadores de mano de obra. Queremos también un nuevo marco de relaciones laborales, una nueva ley de las relaciones en la empresa. Pero sí lo que se pretende, como se ha hecho en ocasiones anteriores, es que la crisis la paguen los de siempre, mediante un plan de inversiones y de restricciones salariales hasta que esas inversiones den su fruto, diremos abiertamente que no. Para la UGT es una garantía de respeto a los intereses de los trabajadores el hecho de que numerosos diputados de izquierda estén en las Cortes. Creemos que vamos a coincidir en el espíritu anterior. Pero si esos partidos de izquierda traicionan a los intereses de los trabajadores apoyando un plan económico contrario sustancialmente al que proponemos, nosotros denunciaremos a estos partidos, sean cuales sean, incluido al PSOE".

Preocupación en Comisiones

Estas palabras podrían tranquilizar a los dirigentes de Comisiones Obreras, preocupados por lo que puede hacer la UGT a la hora de debatir la política económica. "¿Va a entrar o no va a entrar en el pacto social? —se preguntaba Julián Ariza—. Porque nuestra postura está clara. No queremos pactos sociales, estamos en contra de políticas de austeridad y proponemos que la política económica se centre en la defensa de la capacidad adquisitiva de los salarios y de las rentas más bajas que han de crecer más rápidamente".

Con un Gobierno que a lo peor no aborda una política económica hasta la vuelta del verano, con una situación económica aún peor que la que existía antes de las elecciones ("las soluciones económicas no pueden esperar ni un minuto", decía hace unos días Fuentes Quintana, uno de los senadores elegidos por el Rey), la opinión sindical es, sin duda, la que cuenta.

Por varias razones. Primero, porque la pausa conflictiva concedida por las centrales para permitir el proceso político sin traumas se está acabando. No creemos, y así nos lo han confirmado en UGT y Comisiones, que el fin de esa pausa adquiera la forma de fuertes movilizaciones en las próximas semanas, sino sencillamente de una normalización de las actividades propias de sindicatos reivindicativos. Las tensiones centenarias son muchas y su solución puede ser una fiel guía de cómo podrían marchar las cosas si las centrales rechazaran un plan económico del Gobierno.

Y en segundo lugar, porque la opinión de los trabajadores, explicitada a través de esas centrales y de los partidos de izquierda, va

a ser decisiva para que el plan económico sea viable. El largo desierto de la política económica durante el Gobierno Suárez fue justificado por el propio presidente en su intervención ante las cámaras de televisión el pasado mes de septiembre porque "mientras no hubiera soluciones políticas, no habría soluciones económicas". Las soluciones políticas están empezando a llegar, con la representación responsable de la izquierda en las Cortes. Pero las tentaciones de no contar con estas fuerzas a la hora de gobernar en la crisis es grande para Suárez. Sobre todo si además sobre el presidente gravita la necesidad de mantener su popularidad e incluso de aumentarla.

El contrapeso sindical

Que de la crisis no se sale si no es repartiendo justamente sus costes es algo en lo que todos, o casi todos los partidos, han coincidido verbalmente en la pasada campaña electoral. ¿Va a hacerlo el nuevo Gobierno? Por el momento hay graves dudas al respecto.

Grandes son las tentaciones de retrasar las decisiones hasta que pasen las elecciones municipales para luego poner en marcha un plan antipopular que sólo mire a los intereses de la derecha socio-económica. Las resistencias a esta actitud empiezan en el propio Centro Democrático, probablemente a través de Fernández Ordóñez. Pero el contrapeso más serio frente a este peligro real es la fuerza de las organizaciones sindicales.

500.000 afiliados tiene Comisiones Obreras. Tan sólo en el metal de Madrid más de 40.000. UGT crece, según parece, a ritmo acelerado. Probablemente en Comisiones están los hombres más avezados, cuenta con los sectores más avanzados del movimiento obrero, con la tradición de lucha y con un gran número de militantes obreros. Pero Comisiones no puede hacer la tarea sola, como ocurría hasta hace pocos años. Necesita de la UGT. Necesita que UGT no acceda a ninguna fórmula de compromiso. Y todo indica que UGT no va a entrar en compromisos: sus dirigentes así lo dicen y sus intereses objetivos así lo demuestran.

Si estas premisas se cumplen, frente a un movimiento obrero unido, el Gobierno va a tener que hilar muy fino y evitar veleidades. Y queda cada vez más claro que por las dificultades del momento y por la trascendencia del tema el programa de actuación económica tiene que ser aprobado por todos los partidos y organizaciones sindicales. Para ello no va a haber otra fórmula que debatir el programa, y aprobarlo, en las Cortes. Es la forma de que todos participen y de que cualquier propuesta sea justificada hasta el extremo, porque los parlamentarios de izquierda lo van a exigir. Y como recordatorio para todos está la probable convocatoria de elecciones municipales para dentro de poco.



Final de la Copa del Rey

MADRID FUE UNA FIESTA

Hay años en que uno está para todo: convertirse en líder de la oposición con un 30 por 100 de votos a las espaldas y vivir el triunfo del equipo de fútbol "de toda la vida", no es cosa al alcance de cualquier mortal. Si lo ha sido para Felipe González, quien —en poco más de diez días— se ha encontrado con que el PSOE se convierte en el partido mayoritario del país y con que "su" Betis logre contra todo pronóstico la Copa del Rey. En medio de una final muy distinta a las celebradas en los últimos cuarenta años y que el propio Felipe González definiera como "una auténtica fiesta de la alegría y la libertad".

El fútbol y la política (o, si se prefiere, el fútbol y la Historia) guardan correlaciones tan extrañas como apasionantes. Que el Betis y el Athletic de Bilbao sólo se hayan enfrentado para la final de la Copa en 1931 y 1977 —es decir, en situaciones de naciente democracia después de períodos dictatoriales—, viene a ser una de ellas. Como también que, a pocas fechas de las primeras elecciones vividas por la inmensa mayoría de los españoles, se reunieran los dos equipos que tienen una más amplia base popular en nuestro país. Y que esos dos conjuntos catalicen de alguna manera las ansias de autonomía de dos nacionalidades aplastadas en su identidad desde la guerra civil.

Un partido de fútbol es un partido de fútbol y lo que se juega en él es un resultado concreto dentro de una competición. Pero los millares de personas que asisten a él son algo más que simples espectadores pasivos: son personas con memoria y conciencia individual y colectiva. De ahí que el estadio del Manzanares fuese el sábado pasado una pantalla privilegiada de por dónde van hoy las cosas de este país. No hubo —yo diría que afortunadamente— ese "clamor unánime" borreguil que acompañaba a Franco, a la hora de llegar las jerarquías del Estado al Manzanares. Ciertamente, no lo hubo. Pero sí la posibilidad de mostrar a los cuatro vientos los símbolos en que cada uno ve reflejadas aspiraciones muy profundas. Y hubo no la propagandística "unidad de los hombres y las tierras de España", pero sí la alegría de sentirse juntos y el respeto a las "minorías".

La minoría, en este caso, era la bética, dentro de las masivas oleadas de "ikurriñas". E hizo valer sus derechos al comprobar cómo, con justicia, David-Betis vencía a Goliat-Athletic... Madrid había sido una fiesta vasca durante toda la jornada, con una Puerta del Sol insólita como centro de diversión y contacto popular. Madrid se transformó en noche andaluza al finalizar el larguísimo partido. El equilibrio de la democracia se restauraba.

FERNANDO LARA